

Lo simbólico de la restauración oligárquica en Bolivia

Yuri F. Tórrez¹

Resumen

El ensayo trata de analizar el uso de la simbología, ritos e íconos usado en las movilizaciones de los sectores urbanos en las ciudades bolivianas, en octubre y noviembre del 2019 que precipitó la renuncia presidencial de Evo Morales. Se examina, además, la escenificación de lo simbólico en el curso del gobierno transitorio de Jeanine Añez. Esta estrategia responde a un proceso de deconstrucción simbólica del Estado Plurinacional en aras de la restauración oligárquica en Bolivia.

Palabras clave: Simbólico, oligarquía, *wiphala*, Estado Plurinacional, Golpe de Estado.

The symbolic of the oligarchic restoration in Bolivia

abstract

The essay seeks to analyze the use of symbology, rites and icons used in the mobilizations of urban sectors in Bolivian cities, in October and November 2019. Subsequently, in the course of the coup d'état against the government of Evo Morales prompting his presidential resignation. It also examines the staging of the symbolic in the course of Jeanine Añez's transitional government. This strategy responds to a process of symbolic deconstruction of the Plurinational State for the sake of oligarchic restoration in Bolivia.

Keywords: Symbolic, oligarchy, *wiphala*, Plurinational State, State Coup

1 Docente en la Universidad Mayor de San Simón.



Introducción

*“Lo representado es producción simbólica,
un teatro con personajes y guiones performativamente establecidos”.*

Michel Foucault

A las pocas horas de la renuncia de Evo Morales a la presidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, un conglomerado de jóvenes de la clase media reunido en la plaza de las Banderas en la ciudad de Cochabamba en un estado de exaltación y profiriendo a los cuatro vientos la arenga: “sí se pudo”, en alusión a la presión ejercida para precipitar la decisión del ex mandatario, quemaban la *whipala*, aquella bandera andina de multicolores devenida en símbolo patrio que representa a los pueblos indígenas. Esa escena colgada en un canal de *youtube* se observa como el fuego lentamente devoraba el ícono indígena hasta convertirlo en cenizas. Quizás, este acto condensa la violencia física y, sobre todo, simbólica que se imprimió en las movilizaciones de los sectores urbanos, en octubre y noviembre del 2019, para el derrocamiento del primer presidente indígena en la historia de Bolivia y, posteriormente continuó en el gobierno de Jeanine Añez como parte la estrategia de desmontaje simbólico del Estado Plurinacional.

Esas movilizaciones fueron impregnadas por estribillos discriminadores, los manifestantes gritaban enloquecidos la consigna de la “democracia”, acusaban al gobierno de Morales de un fraude electoral, ondeaban un símbolo patrio: la bandera nacional, cortaban las calles y avenidas con pitas, el ex presidente bautizó a esta movilización con el denominativo de las “pititas”. Y, luego, con la instalación de Añez como presidenta interina que se estrenó con una Biblia en el Palacio de Gobierno y, a los pocos días, con militares/policiales asesinando a indios en Sacaba (Cochabamba) y Senkata (La Paz). Desde la dimensión simbólica, ambos actos son complementarios que marcarían alegóricamente el decurso del gobierno transitorio de Añez. Por lo tanto, emerge una pregunta insoslayable: ¿Esta puesta en escena de este conjunto de artefactos simbólicos y rituales son señales que asistimos a una restauración oligárquica?

Simbología de las movilizaciones para que “el indio se vaya”

A partir del 20 de octubre del 2019, dos días después de los comicios presidenciales, cuando el Comité Pro Santa Cruz (CPSC), articulando a otras fuerzas sociales y partidarias anunciaba un paro cívico nacional esgrimiendo el discurso del fraude electoral montado supuestamente por el partido de Evo Morales, la movilización de la clase media se volcó a las calles y a los espacios públicos de las ciudades bolivianas. Desde un punto de vista simbólico, esas movilizaciones estuvieron marcadas por un conjunto de íconos con el objetivo claro de deteriorar el liderazgo político de Morales y así desarrollar una cruzada de desestabilización contra el gobierno del Movimiento Al Socialismo-Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (MAS-IPSP).

Los manifestantes iban a las concentraciones o en sus barrios armaban bloqueos con la bandera boliviana en la mano, inclusive colgada en su torso. Estas imágenes eran parte de la escenografía de esas movilizaciones. Las concentraciones estaban atiborradas de banderas bolivianas, aunque en las movilizaciones realizadas en la ciudad de Santa Cruz estaban acompañaban con banderas blancas y verdes que apelaban en ese caso específico, al *cruceñismo*².

Desde la Asamblea Constituyente, el debate en torno a los símbolos patrios se erigió en otro escenario de conflicto, e, inclusive de disputa simbólica. La incorporación de la whipala, en la misma jerarquía que la bandera boliviana, como símbolo patrio en la nueva Carta Magna del Estado Plurinacional que incomodó a varios sectores criollos/mestizos de la sociedad boliviana. En rigor, el sentido de la bandera boliviana (rojo, amarillo y verde) connota la tradición nacionalista. Desde el proceso de polarización, a fines de la década pasada, en el curso de la Asamblea Constituyente, esa bandera nacionalista fue apropiada por los sectores criollos/mestizos para neutralizar, entre otros propósitos, a la whipala. Aquí surgió una tensión simbólica ya que la tricolor nacional representaba al Estado-Nación que, al mismo tiempo, estaba siendo interpelado por sectores indígenas/campesinos porque consideraban al Estado boliviano como un Estado monocultural y, por lo tanto, colonial. Esa disputa simbólica fue zanjada con la incorporación de la tricolor nacional, la whipala y la flor de patujú por sus colores que coinciden con la bandera nacional, como símbolos patrios. Esa “complementariedad simbólica” tenía un afán articulador de la diversidad étnica, social y regional. A pesar de ello, la whipala seguía siendo resistida. No es casual, por lo tanto, en el contexto de las movilizaciones de noviembre y octubre del 2019 de los sectores criollos/mestizos, usaran la tricolor boliviana para neutralizar lo indígena que provocó la reacción de los sectores indígenas/campesinos, aliados del ex presidente Morales, que, en las escaramuzas contra sectores movilizados, ondeaban whipalas en sus manifestaciones.

El uso de la tricolor nacional de manera masiva y recurrente por parte de los sectores criollos/mestizos se volvió a usar desde el Referéndum Constitucional del 21 de febrero (21/F) del 2016 que debería aprobar o rechazar del proyecto de modificación constitucional para habilitar, una vez más, la postulación presidencial de Evo Morales. Posteriormente, el MAS-IPSP ignoró estos resultados contando, además, con una sentencia constitucional que legalizó una nueva postulación del binomio Evo Morales-Álvaro García Linera para las elecciones presidenciales de octubre del 2019. Esta habilitación de este binomio marcó un punto de inflexión que generó las condiciones subjetivas y políticas para la irrupción de actores venidos de la sociedad civil en el campo político boliviano que se tradujo en movilizaciones sociales constantes. Las consignas de las movilizaciones estaban enclavadas en el clivaje democracia/autoritarismo que fueron acompañadas por el uso de la tricolor nacional en las distintas movilizaciones. Este símbolo puesto en el

2 Es una suerte de sentimiento “cruceñista” (alude al departamento de Santa Cruz) para fortalecer la identidad regional e inclusive con una fuerte diferenciación con lo *colla* (un estigma racial que se usa para caracterizar al habitante de la zona andina de Bolivia) (Peña, 2006) inclusive en momentos de conflictividad se tornan en diferenciaciones y fuertes tensiones raciales.

contexto en la escena política signada por la disputa por el sentido de la democracia (Mayorga, 2020) que apropiada por estos sectores criollos-mestizos que exigían el respeto a los resultados del Referéndum del 21/F y, al mismo tiempo, para desportillar la legitimidad del liderazgo de Evo Morales. En el curso de las movilizaciones, a fines de octubre e inicios de noviembre del 2019, la tricolor nacional fue flameada en las movilizaciones de los sectores criollos/mestizos en las calles y plazas de las ciudades bolivianas aclamando la renuncia de Morales a la presidencia de Bolivia. Esa acción colectiva fue acompañada con violencia y un lenguaje agresivo matizados con estribillos racistas que comunicaban algo: el fin del gobierno de los indios. De allí, esas tensiones raciales se desplazaron a la disputa simbólica. No solamente eran cánticos racistas contra la investidura del entonces presidente, sino a los grupos de indígenas/campesinos que representaba.

El espacio público se erigió en un campo de disputa simbólica merced a las movilizaciones protagonizadas por ambas partes. Aquellas que cuestionaban al gobierno de Evo Morales y las otras que defendían al gobierno del MAS-IPSP, encarnado en la figura del ex mandatario (Torrez y Arce, 2013). Por un lado, los movilizadores urbanos que con consignas de “Bolivia dijo NO” portaban la tricolor boliviana, mientras los otros sectores, especialmente indígenas/campesino que portaban chicotes (símbolo de la autoridad originaria), ondas, hacían sonar sus *pututus*³ y ondeaban whipalas acompañaban a sus estribillos de defensa al gobierno de Morales. Alison Spedding estudió el carácter ritual que adquirió las movilizaciones sociales o protestas sociales, como los bloqueos y marchas, a los cuales consideraba a las “batallas rituales” para apropiarse del espacio públicos como lugares simbólicos “guiados por una ritualización que es tácitamente reconocida por ambas partes [el pueblo y el Estado] (Spedding, 2002, p.86). Ahora bien, este repliegue de ritos en la acción colectiva signada por protestas y bloqueos de los sectores populares, fueron usadas por los movimientos cívicos en el contexto de las movilizaciones protagonizadas por los sectores urbanos en octubre y noviembre del 2019.

La convocatoria a los cabildos fue instrumentalizada por sectores urbanos movilizadores para posicionar su discurso anti gobierno del MAS-IPSP. Desde la colonia, los cabildos fueron espacios en los que se hacía visible y público el poder (Smienianski, 2010, p.395). En el contexto de las movilizaciones urbanas en el siglo XXI volvieron a convertirse en espacios públicos para la legitimación de las demandas de sectores de la sociedad civil. Quizás, los cabildos convocados por el Comité Cívico Pro Santa Cruz (CCPS), el año 2008, en el curso de la demanda por las autonomías departamentales durante el debate de la Asamblea Constituyente, se constituyó en un mecanismo de convocatoria masiva para adhesión a través del sentimiento de los *cruceñista*. En las movilizaciones de los sectores urbanos fueron encabezadas por la dirigencia cívica cruceña querían dar la connotación de ser “bendecido” por Dios y, por el otro lado, este lugar tiene un fuerte lazo con la identidad regional cruceña.

3 El *pututu* es un instrumento de viento que viene de los tiempos prehispánicos que servía para convocar a reuniones y también se usaba en el curso de las rebeliones indígenas contra la colonia española.

Aquel 2 de noviembre de la celebración del primer cabildo se celebraba en Bolivia la fiesta religiosa de Todos Santos, el entonces presidente de la entidad cívica regional, Luis Fernando Camacho, en ese cabildo anunciaba un ultimátum de cuarenta ocho horas para que Morales renunciara a la presidencia y, al mismo tiempo, informaba que estaba enviando una carta al Estado Mayor de las Fuerzas Armadas. La carta tenía connotaciones religiosas:

En este momento tan dramático y crucial de nuestro país deben estar al lado de su pueblo, no se dejen amedrentar por ambiciones desmedidas, el que gobierna pasa, el pueblo perdura y Dios castiga. Que el lema subordinación y constancia se convierta en un compromiso con Dios y la Patria. (Tiempos, Nov. 2019)

En la escenificación armada en la tarima del cabildo, bajo el manto del Cristo del Redentor, estaba desparramada por íconos religiosos: la imagen de la virgen de Cotoca en el púlpito, la imagen de cristo crucificado en el fondo. Además, este cabildo fue transmitido por las principales cadenas privadas televisivas de Bolivia. En la elocución de Camacho, al mismo tiempo, que mencionaba que esta movilización buscaba “libertad y democracia”, reiteradamente aludía a Dios en un juego asociativo para satanizar a Evo Morales:

Dijo que era católico [refiriéndose a Evo Morales], es una ofensa a Dios, recién se ha dado cuenta que Dios existe. Y saben, eso es miedo. Sabe que se va ir. Además, siempre dijo que era ateo. Que ni Dios le sacaba del palacio. Es una falta de respeto al pueblo y a Dios. Está queriendo ganar la confianza de un pueblo porque la de Dios nunca más va a recuperar, les garantizo. (HD, 2019)⁴

Entonces, el uso de la religión en estos actos políticos tenía un claro propósito político: generar una influencia sobre los sectores movilizados y así consolidar una empatía por la movilización. El uso de la simbología religiosa católica buscaba, por parte del entonces líder cívico, vincular la religión con la política. Esta escenificación de estos íconos religiosos fue analizada por Fernando Mayorga:

Desde el inicio de la protesta cívica, el presidente del Comité Pro Santa Cruz esgrimió elementos religiosos y los puso en el centro de su discursividad: ‘La Biblia volverá al Palacio Quemado’ fue la consigna central de su mensaje y tenía una doble connotación: anticomunista y antiindígena. Por un lado, expresaba el rechazo al “socialismo del siglo XXI” y al vínculo del MAS con sus aliados, en particular Venezuela, que era y es usada como ejemplo de populismo de izquierda y autoritarismo. Por otro lado, la Biblia significaba el rechazo a la presencia de indígenas en el poder político y al pluralismo religioso, concretado en el carácter laico del Estado Plurinacional. Se trataba de una combinación de retorno de la evangelización colonial para “exorcizar” el espacio político⁵ y una apelación a valores ultra conservadores de raigambre religiosa. Estos

4 <https://www.youtube.com/watch?v=lu2Gyg9GuDE>

5 Según Fernando Mayorga: “‘Evo, enviado del diablo’, ‘Evo Satanás’ fueron consignas pintadas en las paredes de algunas ciudades. Asimismo, el día del golpe de Estado, Luis Fernando Camacho ingresó a Palacio Quemado con una Biblia en las manos y la puso encima de una bandera tricolor. Entretanto, algunos policías retiraron las wiphalas de sus mástiles y las rompieron o quemaron porque consideraban que eran un símbolo

ingredientes provocaron la adhesión de mujeres adultas (madres y abuelas) a la movilización y le otorgaron un condimento de “cruzada”. En suma, el arco de la interpelación opositora se fue ampliando en el transcurso del conflicto logrando la adhesión de diversos segmentos sociales a la “lucha por la libertad”. (Mayorga, 2020, p.22)

Esta forma de apelación a la religión como estrategia discusiva nuevamente retornó a la política latinoamericana. Efectivamente, la presencia de líderes políticos ultraconservadores en el campo político posibilitó que aquellos símbolos religiosos usados, especialmente por los regímenes autoritarios volvieron a la palestra pública. Esta ritualización de lo religioso sirvió para fines políticos y, sobre todo, en la búsqueda de identidades políticas. En la redefinición de la propia acción política en función del adversario político. Entonces, lo simbólico como mecanismo de representación política en el curso de las movilizaciones de los sectores urbanos, a fines de octubre e inicios de noviembre del 2019, jugaron un papel gravitante para las configuraciones de las identidades políticas y a través del uso de símbolos:

Estos se traducen en causas que se defienden a partir de las clases medias tradicionales urbanas y que sin duda actúan como desencadenantes de agregación social de cara a las movilizaciones políticas porque fundamentalmente son agitadores de emociones. De esta forma, la política de la identidad es dadora de la creación de enemigos en la política, la idea de los adversarios es anulada, y lo que es más preocupante quizá, creamos a nuestro gusto y medida los enemigos contra los que decidimos enfrentarnos, así “demostramos que lo que más nos importa es la construcción de nuestra identidad”. (Arequipa, 2020)

Entonces, este despliegue de símbolos en el curso de la movilización de los sectores criollos/mestizos en las ciudades bolivianas servía para fortalecer su identidad, esta vez, por la vía de la alteridad: por la presencia del otro, el indio. Aunque, la presencia de este otro, desde la presencia de Evo Morales en la presidencia, era inquietante porque el ex mandatario condensaba simbólicamente el apronte de lo indígena. De allí, en estado cuasi de guerra, por lo menos de guerra simbólica, los indígenas/campesinos eran considerados como los adversarios en el curso de las movilizaciones de octubre y noviembre. En el ámbito simbólico no solo fue la estigmatización por la verbalización de estribillos racistas para menoscabar la dignidad de los indígenas, sino, también, por el uso de la violencia física como un dispositivo comunicacional para teatralizar la política, en este caso específico, para agredir indígenas/indígenas o autoridades cercanas a estos sectores sociales⁶.

del MAS. Ese acto provocó una enorme protesta popular en defensa de la bandera indígena —reconocida en la CPE como símbolo patrio— que tuvo como respuesta una serie de actos de desagravio de los jefes políticos, dirigentes cívicos y autoridades policiales” (2020: 22).

6 Un ejemplo fue el ataque sufrido por Patricia Arce, alcaldesa de Vinto, localidad cercana a Cochabamba y luego candidata a senadora por el MAS-IPSP. Efectivamente, el 6 de noviembre del 2019, en el curso de las movilizaciones de la clase media, esta autoridad fue “interceptada y retenida por horas a manos de terceras personas, tras haberse atacado, destrozado y quemado dependencias de la Alcaldía que ella preside”. Este hecho adquirió una dramatización cuando la autoridad fue humillada con el corte de su pello, rociada con pintura roja y llevada por las calles de su municipio. Este hecho fue condenado por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) le otorgó medidas cautelares luego que surgieron alertas “tras considerar que se encuentran en una situación de gravedad y urgencia de riesgo de daño irreparable a sus derechos”.

Posteriormente, a la renuncia presidencial de Evo Morales y a los anuncios de sus partidarios de movilización y en un ambiente de incierto se generó un ambiente de miedo en la clase media urbana por la “invasión de los indios”. Ciertamente, este espectro históricamente anidó en el imaginario social de los sectores medios. Como dice Rafael Bautista:

El “indio convertido en multitud” fue lo que despertó el miedo, junto al desprecio del señorialismo oligárquico (que hace también nido en la clase media urbana, en ese ficticio “mestizaje” que ostenta el boliviano que persiste en ‘argumentar contra sí mismo’), del “volveré y seré millones”. Por eso el rechazo vehemente al Evo y su frase de “hemos venido a quedarnos por 500 años”. Eso fue lo que prendió los acentos de desprecio y odio oligárquico (basado en ese su “juramento de superioridad sobre los indios”) y amenazó definitivamente la continuidad de esa oligarquía como innmerecida elite política. (Bautista, 2020)

En suma, este despliegue de símbolos y rituales a lo largo de la movilización de los sectores urbanos en las ciudades bolivianas no solo se destacan íconos que aluden a la identidad boliviana acompañando al discurso de la “defensa de la democracia”, pero aludiendo a consignas racistas. Por lo tanto, esas movilizaciones en las calles bolivianas, en su dimensión simbólica, querían que el “indio se vaya al gobierno”. En este contexto, el uso de símbolos religiosos sirvió para demonizar al ex presidente como parte de la ritualidad simbólica de los acontecimientos masivos, como fueron los cabildos convocados por la dirigencia cívica cruceña con el objetivo de reforzar una identidad política de oposición al gobierno de Evo Morales, pero desempolvando viejos imaginarios de cuño colonialista.

Golpe de Estado o el retorno de la Biblia al Palacio de Gobierno

Aquel atardecer del domingo 10 de noviembre del 2019, jornada del golpe de Estado en Bolivia, la plaza Murillo quedó vacía; solo las palomas consuetudinarias pululaban libremente. En ese ambiente desolador se ejecutó el primer acto simbólico contra el Estado Plurinacional. El entonces líder cívico cruceño Luis Fernando Camacho, después de la dimisión forzada de Evo Morales a la presidencia, entró al Palacio Quemado. Sin comprender que Bolivia es un Estado laico, extendió la bandera nacional en el suelo y puso una Biblia sobre ella. Mientras tanto, estaban arriando la *wiphala* del frontis del palacio presidencial y otros grupos exaltados la estaban quemando y gritando exaltados: “Hemos echado a los indios”. Al respecto, una nota periodística daba cuenta de esa ritualidad escenificada en el Palacio de Gobierno ese domingo del golpe de Estado por los

Este hecho fue atribuido a la autodenominada “Resistencia Juventud Cochala” (RJC), también conocidos como motoqueros. Este rasgo motorizado de esta agrupación le otorga de por sí una espectacularidad a sus acciones violentas no solo de amedrentamiento, sino de hechos concretos de agresión física. Esta agrupación que apareció en el contexto de la movilización de sectores criollos/mestizos, a fines de octubre, en la ciudad de Cochabamba. Su proceder se caracterizó por ser violento por agresiones a sectores indígenas/campesinos e inclusive mujeres y también a vecinos de la zona periurbana de la zona sur de Cochabamba. Desde una lectura simbólica, esta agrupación recrea su identidad a través de símbolos de origen fascista. <https://www.voanoticias.com/america-latina/bolivia-cidh-proteccion-defensoderes-ddhh#:~:text=La%20Comisi%C3%B3n%20Interamericana%20de%20Derechos,Mayorga%20de%20la%20Defensor%C3%ADa%20del>

promotores de la movilización de la clase media para precipitar la renuncia presidencial de Evo Morales:

Cuando [Luis Fernando] Camacho y sus seguidores, con toda una ritualidad medieval, sembraron la Biblia (sobre la bandera criolla boliviana) en el centro del viejo Palacio de Gobierno, en la ciudad de La Paz, bajo la arenga religiosa: “Bolivia para Cristo, la Pachamama nunca más volverá a entra a este Palacio”. Y casi simultáneamente otros ciudadanos mestizos descendieron la Wiphala (bandera quechua aymara) del frontis de dicho edificio y la quemaron públicamente. Esos actos, además de otros, evidencian que la “guerra” irresuelta entre q’aras (blancoides) y aborígenes es, ante todo, una contienda cultural simbólico. (Telesur, 2019)⁷

Según el periodista argentino, Fecundo Barrio, “**Camacho actúa como un cruzado de Dios –o al menos eso expresa.** Todo su discurso verbal y gestual está impregnado de alusiones al cristianismo” (Barrio, 2019). Entonces, se trata que el uso de símbolos religiosos en la política, especialmente por parte de sectores conservadores son parte de una nueva “guerra santa” a criterio del teólogo y filósofo, Enrique Dussel:

Un nuevo fenómeno son las iglesias evangélicas que están apoyando el proceso brasileño y en Bolivia, con un hombre desaforado como (Luis Fernando) Camacho, que dice algo esencial: “Vamos a sacar de los lugares públicos la Pachamama y vamos a imponer la Biblia”. Pero esa biblia no es la católica, es la de los grupos evangélicos. Toma la cultura popular de los pueblos originarios como un horrible paganismo que el cristianismo debe reemplazar a rajatabla. Es una biblia evangélica que viene de las sectas norteamericanas que cambia la subjetividad. Se propone que el hombre deje sus costumbres ancestrales, deje las borracheras y se proponga trabajar y entrar en la sociedad consumista capitalista burguesa. (ANRED, 2019)⁸

Al día siguiente del golpe de Estado, policías que se habían amotinados para forzar la renuncia de Morales, en una escena televisada “arrancaban de sus uniformes la whipala que venía bordada junto a la tricolor nacional sobre el brazo izquierdo, porque entienden que “no hay dos Bolivias” y que la nación es una sola, informó el comandante departamental de Policía en Santa Cruz, coronel Miguel Mercado” (ERBOL, 2019)⁹. Estos actos de agravio contra la whipala se constituyeron en un factor para la movilización de los sectores populares, su principal consigna de sus movilizaciones posteriores a la asunción de Añez como presidenta boliviana fue la defensa de ese símbolo patrio e ícono de los pueblos indígenas/campesinos de Bolivia. Efectivamente, “el agravio a la wiphala fue un acto extremo, una violencia simbólica que impactó en las pasiones identitarias de quienes se sienten representados por ella, incluso de sectores que habían mantenido una distancia con Morales, pero a pesar de ello no dejaron de comulgar con las causas indígenas y

7 <https://www.telesurtv.net/bloggers/Bolivia-golpe-de-Estado-y-la-irresuelta-guerra-entre-la-Biblia-y-la-Wiphala-20191113-0001.html>

8 <https://www.anred.org/2019/11/17/latinoamerica-enrique-dussel-grupos-evangelicos-son-la-nueva-arma-de-ee-uu-para-los-golpes-de-estado/>

9 <https://erbol.com.bo/nacional/polic%C3%ADas-de-santa-cruz-quitan-la-whipala-de-sus-uniformes-%E2%80%9Cno-hay-dos-bolivias%E2%80%9D>

populares” (Torrez y Lazcano, 2020, p.285). En este contexto de afrenta a la whipala se erigió en una bandera de lucha de los sectores populares con el estribillo “se respeta la pollera y la whipala” se movilizaban, tanto en Sacaba como en la ciudad de El Alto, que posteriormente derivó en una masacre por parte del gobierno de Jeanine Añez.

Los golpistas no apostaron, ni apuestan, únicamente a destituir al gobernante indígena, escarmentar con públicos castigos físicos a los indígenas insumisos, y restaurar el sistema neoliberal en Bolivia. NO. Ellos van, ante todo, por la restauración del panteón simbólico del Estado criollo republicano, y hacer escarnio de la simbología política indígena. Porque allí, en esa simbología está, según ellos, la esencia de la insubordinación política de los y las indígenas. (Telesur, 2019)¹⁰

Entonces, el golpe de Estado no solamente apuntaba a la renuncia presidencial de Evo Morales, sino tenía un objetivo: la destitución/restitución simbólica del Estado Plurinacional. El martes 12 de noviembre, luego que la senadora por el Beni, Jeanine Añez en un hemisiclo casi vacío se autonombra presidenta de Bolivia. Posteriormente, junto a los pocos parlamentarios que asistieron a esa sesión parlamentaria, la cual fue calificada por un miembro del Tribunal Constitucional Plurinacional (TCP) como ilegal¹¹, la nueva mandataria se dirigió al Palacio de Gobierno en la que un militar en traje de combate le puso la banda presidencial a Añez. Desde ya, esta imagen de por sí tiene una connotación militarista y quizás alimentaba el debate sobre el involucramiento de los militares en la ruptura constitucional en Bolivia en noviembre del 2019.

Una de las primeras imágenes de Añez como presidenta de Bolivia que recorrió por todo el mundo es aquella en el balcón del Palacio de Gobierno rodeado de parlamentarios que posibilitaron su nombramiento como mandataria y sus allegados. Allí Añez sostiene una Biblia grande y pesada. Obviamente, esta imagen fue descifrada como el “retorno de la Biblia al Palacio”. Según una crónica periodística, “‘Gracias a Dios que ha permitido que la biblia vuelva a entrar a Palacio. Que él nos bendiga y nos ilumine’, dijo la ahora presidenta de Bolivia, mientras avanzaba hacia la entrada del también conocido como Palacio Quemado” (Pais, 2019)¹². Ciertamente, la biblia grande agarrada por la flamante mandataria boliviana fue leída precisamente por esa aura religiosa impregnada en el curso de las movilizaciones de la clase media urbana boliviana.

Según una nota periodística sobre el uso de la Biblia por parte de Añez:

Luego de autoproclamarse presidenta de Bolivia en un Parlamento sin quórum, Jeanine Añez entró al Palacio Quemado y levantó con sus dos manos un ejemplar

10 <https://www.telesurtv.net/bloggers/Bolivia-golpe-de-Estado-y-la-irresuelta-guerra-entre-la-Biblia-y-la-Wiphala-20191113-0001.html>

11 Tres meses después que la sentencia del Tribunal Plurinacional Constitucional (TPC) legalizara la designación de Añez como presidenta de Bolivia, Patronillo Flores, magistrado del TCP frente a la Comisión de Justicia Plural, el Ministerio Público y de Defensa de la Cámara de Diputados de Bolivia señaló enfáticamente que el comunicado por el cual se avaló la sucesión del Gobierno de facto de Jeanine Añez, el pasado 12 de noviembre tras el golpe de Estado contra Evo Morales, es ilegal (Opinión 14.02.2020). El magistrado sostuvo “No tiene valor legal y no es vinculante”. Según el Código Procesal Constitucional boliviano solo reconoce como vinculante las sentencias, declaraciones y los autos constitucionales, por lo que el comunicado sobre la sucesión no tiene ninguna relevancia jurídica.

12 <https://www.elpais.com.co/mundo/la-biblia-vuelve-a-entrar-a-palacio-jeanine-anez-presidenta-interina-de-bolivia.html>

enorme de la Biblia, en cuya tapa podía leerse visiblemente: “Los cuatro evangelios”. Lo que Añez exhibía sonriente era el Nuevo Testamento: la parte de la Biblia sobre la que católicos y evangelistas no tienen discrepancias. (Barrio, 2019)

Haciendo alusión a esa Biblia grande que agarraba Añez en el balcón del Palacio de Gobierno, Enrique Dussel explica:

La autoproclamación de Jeanine Añez a la presidencia de Bolivia con una enorme biblia en la mano en la que se lee “Los cuatro evangelios” es una muestra más de cómo ‘la fe’ aparece, en esta nueva fase de colonialismo, como un instrumento político que divide a la ciudadanía, y que la enfrenta para sembrar aquí y allá guerras civiles de alta o baja intensidad. Estados Unidos está más que dispuesto, parece decidido a recuperar Latinoamérica bajo la doctrina Monroe: algo que les pertenece. El golpe de Estado en Bolivia y los derechos de ese pueblo y de todos los pueblos de la región peligran”. (Russo, 2019)¹³

Además, Dussel explica que esa biblia

no es la del catolicismo y de derecha tradicional, es la biblia de los nuevos grupos evangélicos que justamente toman la cultura popular y los pueblos originarios como un oscuro paganismo, que el cristianismo –su cristianismo- debe reemplazar a rajatabla. Esa biblia no es católica de derecha, es una biblia que viene de las sectas norteamericanas y cambia la subjetividad de un indígena que tiene su cultura y lo quiere transformar en un hombre moderno, que deje las borracheras y que ahora sea más ascético, que se proponga trabajar y entrar en la sociedad capitalista burguesa. (Russo, 2019)¹⁴

No es casual, por lo tanto, a las pocas semanas de haber asumido la presidencia, Añez se reunía con sectores evangelistas de Bolivia. En tal ocasión un pastor evangélico gritaba desde un atril: “Señor, guarda la vida de cada persona que tenga un título de poder en esta nación” (Pacheco, 2019)¹⁵. En este culto evangelista se “proclamó universal en Bolivia, una “deidad” del cristianismo ajena a las creencias de los pueblos originarios: ‘Bolivia tiene dueño, se llama Jesús’” (Pacheco, 2019)¹⁶. Asimismo, estos símbolos la Biblia y el crucifijo fueron leídos como un hecho colonial.

Entonces, la presencia de la Biblia en el palacio Quemado, como se conoce también al palacio de gobierno de Bolivia, más allá de ser parte de la alegoría que acompañó a la ruptura constitucional, tenía su propio significado de desconocer a Bolivia como Estado laico. Es decir, esa religiosidad que expresa el simbolismo del golpe de Estado estuvo imbricado con lo político. Una de las explicaciones ensayadas que en el curso del gobierno de Evo Morales y, sobre todo, en la construcción simbólica del Estado Plurinacional, estuvo impregnada por un simbolismo que aludía a la cosmovisión de los pueblos indígenas (Sanchez, 2013) (Tórrez y Arce, 2014) que se traducían en una serie de simbolismo,

13 <https://dejamelopensar.com.ar/2019/11/19/america-latina-segun-enrique-dussel/>

14 Idem.

15 <https://www.laizquierdadiario.com/El-evangelismo-mesianico-bendijo-a-la-Bolivia-blanca-y-golpista>

16 Idem.

rituales e inclusive nuevos feriados nacionales. Esta “reposición simbólica” como parte de la representación alegórica del golpe de Estado arrancó con la renuncia de Morales a la presidencia y así se inició la simbología del proyecto de restauración oligárquica¹⁷ que representa, entre otras cosas, hacer raja tabla con los iconos indígenas. Aquí el sentido simbólico de las masacres en Sacaba y Senkata de campesinos que fue parte de ese mensaje de escarmiento y disciplinamiento. Las masacres tienen esa dimensión simbólica, independientemente de ser parte del lenguaje de guerra de ajuste de cuenta, también tiene esa necesidad política de imponer su propio orden social en la cual lo simbólico opera como un elemento fundamental de representación de ese “nuevo orden”. Esa cruzada política contra todo lo que representaba el “proceso de cambio”, encarnado en la figura de Evo Morales (Torrez y Arce, 2013) y, sobre todo, en el Estado Plurinacional como expresión de los pueblos indígenas, suponía hacer un desmontaje simbólico. Aquí cobra sentido los actos alegóricos, la puesta en escena pública de los militares, los lenguajes religiosos (católicos/evangélicos) y los discursos desplegados por el gobierno de Añez que expresa la restauración oligárquica en curso.

Gobierno de Jeanine Añez o restitución simbólica oligárquica

La posesión intempestiva de Añez como presidenta interina atiborrada de simbolismo religiosos y militares e inclusive las masacres de Sacaba y Senkata, con su propio lenguaje de amenazante y de muerte, se erigieron en señales de un proceso de desconstrucción del orden simbólico del Estado Plurinacional desde la asunción de Evo Morales, el año 2006, como primer indígena en gobernar Bolivia.

A inicios del 2020, en un acto impregnado de simbolismo en la Casa de Libertad —donde se fundó Bolivia como República—y organizado por las autoridades municipales de Sucre donde la presidenta interina fue homenajeada recibiendo las llaves de la ciudad, pronunció un discurso que desató polémica: “pidió impedir el retorno de los ‘salvajes’ al poder y rechazó el proceso judicial por los hechos del 24 de mayo de 2008, cuando campesinos fueron obligados a marchar y arrodillarse” (Página 7, 2020). E, inmediatamente, el ex presidente, Morales criticó esas afirmaciones eludiendo al “racismo” de la gobernante: “La golpista Añez llama ‘salvajes’ a los que conformamos el único y primer movimiento político indígena campesino y obrero que llegó al Gobierno de Bolivia”, dijo en su cuenta en Twitter Morales” (Arequipa, 2020) (Correo del Sur, 2020) (Torrez & Arce, 2013). Según la periodista Drina Ergueta:

17 A propósito de analizar los sucesos de octubre y noviembre del 2019, Fernando Mayorga (2020) desempolva esta idea de *restauración oligárquica* se inspiró en las reflexiones de René Zavaleta Mercado acerca de la “paradoja señorial”. Al respecto, como señala Luis H. Antezana: “[l]a noción de ‘paradoja señorial’, dicho sea rápidamente, apunta hacia el hecho que, pese a las grandes movilizaciones populares que marcan a la sociedad boliviana y sus más profundas crisis, bajo diversas máscaras —que no excluyen, ciertamente, la apariencia de una posible burguesía nacional—, la tradicional oligarquía se las arregla para seguir ejerciendo el poder... Por otro lado, la ‘paradoja señorial’ apunta también hacia los límites objetivos del hacer socio-político en la Bolivia contemporánea. La dominación oligárquica tiñe con sus ecos y restos coloniales los procesos de constitución, sobre todo, estatal en Bolivia. Y no es un mero factor ‘externo’ sino, en rigor, un fuerte sedimento histórico en el hacer social de este país” (2009: 123).

Llamar salvaje es un insulto racista por todo ello, porque implica que quien lo dice se siente parte de esa comunidad ‘civilizada’ y blanca o blanqueada que ve con superioridad evolutiva a ‘otra’ persona o grupo humano. Es, sin duda, un insulto muy utilizado en una sociedad racista como la boliviana, donde decir ‘indio salvaje’ o ‘camba salvaje’ no es extraño. Está hasta cierto punto normalizado y es por eso que es inaceptable que una autoridad lo utilice para calificar a alguien, más cuando ese alguien es racializado. Además, resulta irónico que lo diga quien también tiene rasgos indígenas. (Ergueta, Página Siete, 2020)

Así, los imaginarios coloniales volvieron cabalgando en las palabras de la presidenta Jeanine (EFE, 2020) Áñez, quien, desvirtuando la verdad histórica de la humillación de campesinos, en mayo de 2008, en Sucre, manipuló y exhortó a impedir el retorno de los “salvajes” al poder, en mención al gobierno de Evo Morales. Quizás aquellas palabras explican mejor la lógica represiva gubernamental por la cual muchos campesinos y pobres murieron masacrados en Sacaba y El Alto en noviembre del 2019. Fernando Mayorga con relación a esa declaración de la presidenta pone en evidencia:

los objetivos de un proyecto de restauración oligárquico-señorial como antítesis del ‘proceso de cambio’ impulsado por el Movimiento al Socialismo (MAS) durante casi 15 años. El carácter oligárquico de este proyecto radica en el retorno al poder de aquellos actores políticos y sociales que fueron desplazados por el MAS en 2006. El protagonismo de campesinos indígenas en el manejo del gobierno durante una década y media era una afrenta para la élite política y empresarial que había sido desplazada de los meandros del poder por dirigentes sindicales, autoridades originarias y mujeres campesinas. (Mayorga, 2020)

Esta alusión a lo “salvaje” fue una demarcación discursiva con un efecto significativo que marcó nítidamente la “frontera simbólica” del proyecto político del gobierno de Áñez, por un lado, en contraposición del gobierno de Morales y, por otro lado, es un reflejo sociológico de aquellos sectores de la clase media que se movilizaron entre fines de octubre e inicios de noviembre del 2019. Como dice el periodista Fernando Molina:

Hoy el poder está nuevamente, en teoría, en manos de “la gente”, de “los bolivianos”, y, en la práctica, en manos de una red jailona de relaciones, que se legitima por sus títulos académicos y que actúa violenta e implacablemente para sentar ejemplo y disciplinar, de una y definitiva vez, a los “salvajes”. (Molina, 2020 p.161)

Esa declaración de la presidenta interina se articula al afán del gobierno en el contexto de la pandemia de ocupar aquellos territorios de los “salvajes”. Ministros con barbijos en sus bocas y ataviados con traje de combate militar aparecen públicamente para decir que están luchando contra la calamidad sanitaria y, a la vez, amenazan con intervenir/encapsular aquellos territorios donde habitan, según ellos, los peligrosos para la salud de la sociedad. Esa escenificación tiene un mensaje: estamos en guerra. Desde el pasado noviembre, cuando la democracia se resquebrajó, ellos, efectivamente, están en guerra. La masacre a campesinos respondió a esa lógica bélica: aniquilar al enemigo (Torrez Y. , 2020).

Entonces, ese lenguaje de guerra fue parte de su arsenal simbólico desplegado en el desarrollo del gobierno de Jeanine Áñez. No es casual, por lo tanto, en medio de la cuarentena, al anunció,¹⁸ desde los sectores populares de un “petadarzo”, a inicios de mayo, en protesta por la política gubernamental para administrar la crisis sanitaria, el gobierno dispuso un desplazamiento militar, sobre todo en la ciudad de El Alto, una de las ciudades consideradas como “peligrosas” para el gobierno transitorio. En una especie de “parada militar” la marcha estuvo envuelta en un aura bélico por la presencia de la tropa militar y tanques que eran parte del “espectáculo castrense”. Estas maniobras militares ya se observaron días previos del 22 de enero del 2020 con motivo de la celebración del Estado Plurinacional que fue precedida de anuncios de movilizaciones de los sectores populares. Esta puesta en escena de esa escenografía militar con el repliegue de los militares de las calles de la ciudad estuvo acompañada de actitudes y declaraciones que fueron consideradas como amenazantes que, para la presidenta del Senado, Eva Copa este despliegue militar generaba zozobra y preocupación en la ciudadanía. “Lo único que está generando es confrontación entre sectores y nuevamente vuelve la psicosis a nuestro país” (Página Siete 17.01.2020). Esta militarización, como acto simbólico en el curso del gobierno de Áñez tenía el propósito claro de generar un miedo en la población como un mecanismo discursivo para disciplinar a la población. Inclusive, se usaba las bandas militares con el pretexto de “levantar los ánimos” por la presencia del coronavirus en Bolivia que se combinó “con la Biblia, plegarias, vigilancias militar y policial” (Peñaloza, En guerra simbólica, 2020). Efectivamente, lo religioso, como parte del orden simbólico del gobierno transitorio, apareció en el contexto de la pandemia, la presidenta pidió hacer ayunos para evitar la propagación del coronavirus. Según una nota periodística:

La presidenta interina de Bolivia, Jeanine Áñez, convocó a una jornada de “ayuno y oración” familiar para vencer la pandemia del coronavirus, asegurando que “para Dios nada es imposible”.

En un video de un poco más de medio minuto, la mandataria lanza un “mensaje de fe”, bajo la premisa de que estando con Dios, “los bolivianos vamos a vencer esta pandemia”. “El día de mañana (martes) quiero que sea un día de ayuno y oración en familia”, aseguró Áñez en el video que se grabó en exteriores de la residencia presidencial en La Paz. Jeanine Áñez reforzó su llamado haciendo referencia a una cita bíblica del libro de Isaías, en el que hace referencia a la ayuda de Dios. (EFE, 2020)

Ese *continuum* religioso, como parte de la simbología del gobierno transitorio, fue llevado al extremo en el curso de la pandemia. En rigor, la imposibilidad de concentraciones masivas, a raíz de las restricciones que establecía la cuarentena, desde las instancias estatales, particularmente militares y policiales organizaron “actos religiosos” como procesiones para recordar la semana santa. La policía en la ciudad de Cochabamba a través de sus vehículos y motorizados organizaron un recorrido por la ciudad llevando en una camioneta la imagen de una virgen atiborrada de palmas que son muy comunes en esas ceremonias religiosas. Por su parte, la Fuerza Área Boliviana (FAB)

18 Alude a los petardos lanzados al mismo tiempo.

en sus helicópteros abordó a sacerdotes que llevando agua bendita para realizar rituales católicos desde esas aeronaves en varias ciudades bolivianas. Finalmente, “en su sistemático juego iconográfico, en el programa del 195 aniversario de la independencia y la fundación del país, incluye un Te Déum oficiado en la Catedral Metropolitana de la sede de gobierno por monseñor Edmundo Abastoflor, pasándose por el forro la nueva condición, también constitucionalizada, de Estado laico” (Peñaloza, *Retreta militar contra el coronavirus*, 2020).

Según un análisis periodístico:

Desde la llegada a la Presidencia del país, en noviembre del año pasado, Añez se encargó de retomar la simbología religiosa en los actos de Gobierno, como la reposición del crucifijo y la Biblia, a pesar de que la Constitución promulgada en 2009 por Evo Morales establece que el Estado boliviano es laico y sin confesión religiosa oficial. (EFE, 2020)

Como se advierte, el orden simbólico estructurado en el curso del gobierno transitorio se caracterizó por una impregnación religiosa que fue un rasgo común desde la ruptura constitucional en Bolivia el 10 de noviembre del 2019. Entonces, esa combinación de lo religioso con lo militar/policial como parte constitutiva del orden simbólico del gobierno transitorio de Añez. En rigor, lo militar da cuenta del sentido represivo/autoritario de este gobierno. La violencia simbólica desplegada no solamente por la puesta en escena de lo militar, sino que esa visión represiva se extendió a la propia sociedad que posibilitó la incubación de “grupículos civiles en plan justiciero y superheroico que hacen vigiliadas en puertas de domicilios particulares y vigilancia urbana en motocicletas, amedrentan enemigos por redes sociales, y hasta los amenazan con eliminarlos físicamente” (Peñaloza, *Retreta militar contra el coronavirus*, 2020).

Entonces, esa puesta en escena simbólica de lo soldadesco connota esa dimensión autoritaria del gobierno de Añez y, por otro lado, lo religioso da cuenta ese sentido de oposición al supuesto negacionismo de Dios encarnado en el ateísmo que encarnaría el gobierno de Evo Morales. Efectivamente, el elemento religioso fue fundamental no solamente, una vez iniciada la ruptura constitucional del 10 de noviembre del 2019, ya que sirvió para dar al golpe de Estado la justificación que necesitaba el régimen para lavar la imagen de los golpistas quizás por ello asumieron como una “guerra santa” su lucha contra Evo Morales y sus seguidores. Así, gracias al apoyo de la Iglesia católica y la evangelista, al golpe militar le dio el sentido de cruzada religiosa, el cual mutaría hacia el proceso de restauración oligárquica en curso.

Quizás uno de los símbolos patrios que situó en tensión simbólica permanente al gobierno de Jeanine Añez fue la whipala. Desde el inicio del gobierno de Añez, los sectores populares, muchos de ellos articulados al partido del MAS-IPSP, como se analizó anteriormente, no solamente fue un símbolo que acompañó las movilizaciones, sino gracias a la quema de la whipala por parte los sectores movilizadas que precipitaron el golpe de Estado. Así se erigió como un ícono de la lucha en busca de resarcir simbólicamente la agresión sufrida por la whipala que simbolizada, sobre todo, a los pueblos indígenas. Frente a esta reacción, el gobierno de Añez restituyó a este símbolo patrio como parte de

la iconografía presidencial. No obstante, a modo de contener el simbolismo de la whipala en los actos presidenciales/gubernamentales añadió otro símbolo patrio no usado en el gobierno de Morales que también viene desde los pueblos indígenas de tierras bajas: la flor de patujú. En rigor, un rasgo de la simbología en el curso del gobierno de Evo Morales fue el andinocentrismo impregnado en el simbolismo estatal que se condensó en el uso recurrente de la whipala (Tórrez y Arce, 2014). De allí, la exclusión de la flor de patujú. Este símbolo fue asumido, también, en el curso de la movilización de los pueblos indígenas de tierras bajas en el contexto de impedir la construcción de la carretera que cruzara por el Territorio Indígena y Parque Nacional Isiboro Sécore (TIPNIS). El uso de la flor de patujú también fue parte de una impugnación simbólica de los pueblos indígenas al gobierno del MAS-IPSP. Ahora bien, en el curso del gobierno de Añez, la incorporación de la flor de patujú tiene el sentido de equilibrar a los símbolos patrios, pero, también es descifrada simbólicamente por menguar el sentido de la whipala. Ese objetivo se confirmó luego con la exclusión de la whipala de la banda presidencial y los anuncios de eliminar el 22 de enero como aniversario del Estado Plurinacional¹⁹ que fueron parte de esta deconstrucción simbólica en curso.

Conclusiones

Desde la asunción de Evo Morales, el año 2006, a la presidencia de Bolivia estaba marcada, sobre todo, por un conglomerado de actos performativos: ceremonias presidenciales ancestrales, nuevos símbolos patrios, nuevas fechas cívicas. Esta nueva representación simbólica fue parte insoslayable de las nuevas construcciones identitarias, luego en el decurso de la edificación del Estado Plurinacional. No debemos olvidar, este proceso político supuso posicionar al indígena como el sujeto articulador de la configuración estatal como una estrategia para resarcir la exclusión histórica sufrida por los pueblos indígenas/campesinos. Una de las dimensiones de este proceso político se reflejó en el ámbito simbólico, espacio donde la irrupción de estas alegorías supuso una interpelación, muchas veces, a los íconos republicanos. En todo caso, esta construcción simbólica, parte del proceso de consolidación constitucional del Estado Plurinacional, fue precedida por una fuerte polarización socio/política en sus diversos clivajes (regionales, sociales, políticos, étnicos). De ese proceso de polarización socio/político, como efecto colateral, se escenificó una disputa simbólica. De allí, la resistencia de muchos sectores, fundamentalmente criollos/mestizos, por la puesta en escena de este nuevo orden simbólico y quizás la whipala sea el ícono más importante. Estos antecedentes son insoslayables para entender el proceso de restauración oligárquica, que, al mismo tiempo, supone la deconstrucción de ese orden simbólico y sus efectos políticos.

Ahora bien, las movilizaciones de los sectores medios urbanos, a finales de octubre e inicios de noviembre del 2019, fue la reproducción de esa polarización sociopolítica.

19 La asambleísta departamental de Cochabamba Lizbeth Beramendi y opositora al gobierno MAS-IPSP pidió que se suspendiera el feriado del 22 de enero del 2020. Por su parte, la presidenta del Senado, Eva Copa “aseveró que sería ‘desastroso’ eliminar el feriado del 22 de enero ya que se trata, dijo, de una fecha importante, ‘especialmente para los sectores sociales, indígenas y campesinos’” (Opinión 07.01.2020).

Detrás de las consignas de “democracia” o “fraude electoral” subyacía una pretensión ideológica que se (con) centra en aquella pretensión de restauración oligárquica por parte de las élites que se entrevió por los discursos, símbolos, rituales y palabras que en su conjunto configura el orden simbólico. En rigor, en el curso de las movilizaciones de los sectores urbanos se visibilizó la disputa por el sentido de la *democracia* (Mayorga, 2020) que, a la larga, fue un factor discursivo para estas movilizaciones. Entonces, ese rasgo, entre otras cosas, le otorgó una dimensión simbólica a la conflictividad socio/política que sobre una escenificación/espectacularización de íconos nacionalistas y religiosos pusieron en marcha el desmontaje simbólico del Estado Plurinacional. Quizás, la imagen de Evo Morales recostado en el suelo de una casa vetusta en el trópico cochabambino la misma noche de su renuncia es el prototipo más representativo del desarme del orden simbólico del denominado “proceso de cambio”.

En este contexto, el gobierno de Jeanine Añez representa el inicio del proceso de restauración oligárquica que se plasmó, entre otras cosas, en una deconstrucción permanente del orden simbólico del Estado Plurinacional. La puesta en marcha una *dramatización ritual* (Da Matta, 2002) con el propósito de interpelar y, sobre todo, persuadir a la base social que se movilizó en contra el partido de Evo Morales a través de un constante menosprecio aquellos artefactos simbólicos que forman parte de la iconografía del Estado Plurinacional. El propósito está claro: derribar aquellos íconos que representaba al “proceso de cambio” como se conoce al proceso político emprendido por Evo Morales y su partido desde el año 2006. En esa estrategia de deconstrucción simbólica, la artillería apuntó a la imagen del propio ex presidente ya que condensa el simbolismo del Estado Plurinacional (Tórrez y Arce, 2013). El periodista norteamericano, Jon Lee Anderson en su crónica titulada *La caída de Evo Morales* da cuenta de un episodio de esta estrategia deconstructiva simbólica del gobierno de Jeanine Añez: “Afuera de un estadio deportivo en Cochabamba, Bolivia, tres hombres subidos en un pedestal derribaban una estatua de Evo Morales, quien hasta unas semanas antes había sido el presidente de aquel país. Uno de ellos la aporreaba diligentemente con un mazo mientras otro la emprendía contra la cabeza de la estatua—coronada, como la persona a la que representa, con un corte de pelo en forma de hongo que lo distingue entre los líderes mundiales. Al final, la estatua se desprendió y, con un empujón despectivo, los hombres la tiraron al suelo. El ministro de deportes del nuevo gobierno, quien ayudó en la demolición, les dijo después a los reporteros que los estadios no debían bautizarse en honor a delincuentes” (Anderson, 2020).

Esta estrategia deconstructiva simbólica tiene un propósito: volver al orden social previo al Estado Plurinacional. Aquí está la estrategia política y simbólica del gobierno de Añez sea un eslabón para el retorno al orden oligárquico que con diferentes denominaciones persistieron en Bolivia en el decurso republicano. Ahora bien, la llegada de Evo Morales al gobierno con apoyo popular y especialmente, indígena/campesina, trastocó ese *continuum* histórico republicano segregado y excluyente. En este sentido, la institución del Estado Plurinacional es un proyecto de resarcimiento histórico de los pueblos indígenas/campesinos y la visibilización de sus íconos alegóricos y rituales fueron parte constitutiva de ese orden simbólico. Aquí estriba el “telón de fondo” del proceso de restauración oligárquica señorial en curso: la negación del indígena. Aquí cobra sentido esa

estigmatización de “salvaje” usada por la mandataria Añez para referirse a los partidarios de Evo Morales y quizás por extrapolación simbólica al conjunto de los indígenas/campesinos de Bolivia. Tal vez, desde el golpe de Estado, en noviembre del 2009, el acto simbólico más significativo del proceso de desconstrucción simbólica fue el menoscabo de la whipala que condensa la negación al indígena por parte de los sectores oligárquicos. En el gobierno de Añez, además, la apelación a lo militar y a lo religioso como parte de su iconografía ilustra el carácter conservador del gobierno Añez. Así, la presidenta interina en un encuentro con los empresarios agroindustriales en Santa Cruz aseveró enfáticamente: “Yo creo en la República y los valores republicanos” (Atahuichi, 2020). Por lo tanto, es el intento de retorno a esa República aristocrática, excluyente y negadora del indígena y sus emblemas.

Referencias bibliográficas

Anderson, J. L. (10 de julio de 2020). *La caída de Evo Morales*. <https://www.newyorker.com/magazine/2020/03/23/la-caida-de-evo-morales>

ANRED. (17 de noviembre de 2019). *ANRED Agencia de Noticias en Red*. <https://www.anred.org/2019/11/17/latinoamerica-enrique-dussel-grupos-evangelicos-son-la-nueva-arma-de-ee-uu-para-los-golpes-de-estado/>

Arequipa, M. (2020). Después del 20 de octubre: El antimasismo como identidad consolidada. En *Crisis y cambio político en Bolivia Octubre y noviembre de 2019: La democracia en una encrucijada* (págs. 193-214). OXFAMD-CESU.

Atahuichi, R. (18 de agosto de 2020). *La Razón*. <https://www.la-razon.com/nacional/2020/08/18/anez-reivindica-la-republica-y-plantea-la-eleccion-entre-ella-y-el-populismo-o-la-dictadura/>

Barrio, F. (12 de Agosto de 2020). *En nombre de Dios: El factor religioso detras del golpe de Estado en Bolivia*. <https://www.perfil.com/noticias/internacional/en-nombre-de-dios-el-factor-religioso-detras-del-golpe-de-estado-en-bolivia.phtml>

Bautista, R. (4 de agosto de 2020). *Bolivia del estado de excepción al estado de rebelión*. Obtenido de <https://www.nodal.am/2020/08/bolivia-del-estado-de-excepcion-al-estado-de-rebelion-por-rafael-bautista-s/>

Da Matta, R. (2002). *Carnavales, malandros y héroes. Hacia una sociología del dilema brasileño*. Fondo de Cultura Economica.

EFE. (27 de abril de 2020). <https://www.elpais.com.co/mundo/la-biblia-vuelve-a-entrar-a-palacio-jeanine-anez-president>.

ERBOL. (noviembre de 2019). *ERBOL Educación radiofónica Bolivia*. <https://erbol.com.bo/nacional/polic%C3%ADas-de-santa-cruz-quitan-la-whipala-de-sus-uniformes>

Ergueta, D. (7 de enero de 2020). *Página Siete*. <https://www.paginasiete.bo/opinion/drina-ergueta/2020/1/7/salvaje-puta-242692.html>

Ergueta, D. (7 de enero de 2020). Salvaje y puta. *Página Siete*.

HD, V. B. (2 de noviembre de 2019). *Videos Bolivia HD*. <https://www.youtube.com/watch?v=lu2Gyg9GuDE>

Mayorga, F. (2020). Derrota política del MAS y proyecto de restauración oligárquico-señorial. En *Crisis y cambio político en Bolivia octubre y noviembre de 2019: La democracia en una encrucijada* (págs. 1-28). OXFAMD-CESU.

Molina, F. (2020). La rebelión de los blancos: Causas raciales de la caída de Evo Morales. En F. Mayorga, *Crisis y cambio político en Bolivia Octubre y noviembre de 2019: La democracia en una encrucijada* (págs. 141-162). OXFAMD-CESU.

Pacheco, M. (14 de diciembre de 2019). *Diario la Izquierda*. <https://www.laizquierdadiario.com/El-evangelismo-mesianico-bendijo-a-la-Bolivia-blanca-y-golpista>

Página, S. (5 de enero de 2020). *Página siete*.

País, E. (13 de noviembre de 2019). *El País.com.co*. <https://www.elpais.com.co/mundo/la-biblia-vuelve-a-entrar-a-palacio-jeanine-anez-presidenta-interina-de-bolivia.html>

Peña, C. (2008). Ser cruceño en tiempo de Evo Morales. *Archipelago*(3).

Peñaloza, J. (17 de Agosto de 2020). En guerra simbólica. *La Razón*.

Peñaloza, J. (5 de Julio de 2020). Retreta militar contra el coronavirus. *La Razón*.

Russo, S. (19 de noviembre de 2019). *Dejámelo Pensar*. <https://dejamelopensar.com.ar/2019/11/19/america-latina-segun-enrique-dussel/>

Sanchez, M. (2013). Introducción a los ritos profanos. *Estudios Bolivianos*(19).

Smienianski, S. (2010). De preeminencias, estilos y costumbres: rituales y poder en los cabildos coloniales. Una aproximación etnográfica al análisis de los materiales de archivo. *Revista Colombiana de Antropología*, 379-498.

Spedding, A. (2002). Batallas rituales y marchas en protestas: modos de apropiarse de espacio en el departamento de La Paz. *Revista Temas Sociales*(23), 85-124.

Sur, C. d. (5 de enero de 2020). *Correo del sur*. https://correodelsur.com/politica/20200105_evo-denuncia-de-racista-a-anez-por-llamar-salvajes.html

Telesur. (13 de noviembre de 2019). Obtenido de Bolivia, golpe de Estado y la irresuelta guerra entre la Biblia y la Wiphala: <https://www.telesurtv.net/bloggers/Bolivia-golpe-de-Estado-y-la-irresuelta-guerra-entre-la-Biblia-y-la-Wiphala-20191113-0001.html>

TELESUR. (13 de noviembre de 2019). *TELESUR*. <https://www.telesurtv.net/bloggers/Bolivia-golpe-de-Estado-y-la-irresuelta-guerra-entre-la-Biblia-y-la-Wiphala-20191113-0001.html>

Tiempos, L. (3 de noviembre de 2019). Cívicos reunidos en Santa Cruz le dan a Evo 48 horas para renunciar.

Torrez y Lazcano, E. (2020). Evo, no estás solo. El populismo del evismo en Bolivia. *Revista Relaps*(1), 261-300.

Torrez, Y. (2020). El evismo en la boca del lobo: Réplica populista a la afenta autoritaria. En F. Mayorga, *Crisis y cambio político en Bolivia Octubre y noviembre de 2019: La democracia en una encrucijada* (págs. 237-258). OXFAMD-CESU.

Torrez, y., & Arce, C. (2013). *La construcción simbólica del Estado Plurinacional. Imaginarios políticos, discursos, rituales y celebraciones*. PIEB.